

PERONISMO, CLASE OBRERA Y SINDICALISMO BALANCE DE QUINCE AÑOS DE PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Daniel Dicosimo¹

Resumen

Los estudios sobre la relación entre peronismo, clase obrera y sindicalismo han sumado una abundante producción historiográfica desde mediados de la década de 1960, constituyendo asimismo uno de los ejes más importantes de la historia político – institucional. A comienzos de la década de 1990, los estudios elaborados según esa perspectiva alcanzaron un punto culminante y se advirtió que había llegado el momento de que la misma se renovara incorporando, entre otras cosas, las cuestiones abordadas por la entonces “nueva historia social”. En este artículo intentaremos un doble balance de los últimos quince años, por un lado de los estudios sobre esa relación y por otro de la expectativa de renovación de la historia político – institucional que tanto se ha ocupado de la misma.

Palabras clave: peronismo, clase obrera, sindicalismo, historia político - institucional

Abstract

Studies about the relation between “Peronism”, worker class and syndicalism have added a plentiful historiographical production, since mid-decade of 1960, creating one of the more important political-institutional history axes. In the beginning of the 1990’s, elaborated studies of this perspectives reached a culminating point, warning the necessaries renovation, among other things of “new social history” addressed issues. In this article we will try a double balance of the last fifteen years, in one side we have the studies of their relation, and in the other side the political history and institutional renovation expectation , witch have been take it really serious.

Key words: Peronism, Worker class, syndicalism, political history- institucional

Recibido: 07-10-2010

Aceptado: 03-03-2011

¹ Investigador titular del Instituto de Estudios Histórico Sociales (IEHS – UNCPBA). Correo-e: daniel.dicosimo@speedy.com.ar

Introducción

Los estudios sobre la relación entre peronismo, clase obrera y sindicalismo han sumado una abundante producción historiográfica desde mediados de la década de 1960, lo que ha justificado reseñas panorámicas sobre sus temáticas, perspectivas y metodología.² Por otra parte, esa relación ha sido uno de los ejes más importantes de la historia político – institucional, perspectiva que se ocupa de interpretar la identidad de los trabajadores, las luchas de poder y las relaciones institucionales de los sindicatos entre sí y respecto del Estado, que tiene una tradición casi tan prolongada como sus estudios. A comienzos de la década de 1990, poco tiempo después de la publicación de dos textos culminantes sobre el peronismo y la clase obrera argentina, como son *La vieja guardia sindical* y *Perón y Resistencia e integración*, de Juan Carlos Torre y Daniel James respectivamente, una de esas reseñas señaló que había llegado el momento de que esa perspectiva se renovara incorporando, entre otras cosas, las cuestiones abordadas por la entonces “nueva historia social”.³ En este artículo intentaremos un doble balance de los últimos quince años, por un lado de los estudios sobre esa relación y por otro de la expectativa de renovación de la historia político – institucional que tanto se ha ocupado de la misma.

Hasta 1990 la mayoría de esos trabajos trataron de interpretar los cambios en la identidad política de trabajadores y dirigentes sindicales, durante la coyuntura fundacional del peronismo, oscilando entre la ruptura y la continuidad, la racionalidad y la irracionalidad, la autonomía y la heteronomía. El ensayo de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero fue el primero en sostener que esa relación se remontaba al origen mismo del nuevo movimiento político, cuya formación dependió en buena medida de la experiencia de organización que había desarrollado la vieja guardia sindical durante los quince años previos al 17 de octubre de 1945.⁴ A diferencia de Gino Germani, quien había postulado la traumática novedad del peronismo,⁵ estos autores propusieron una continuidad entre la búsqueda de apoyo estatal del sindicalismo durante los años treinta y el apoyo otorgado a Perón, que constituía una opción racional ante la penuria económica y la explotación de clase. En esa misma línea puede situarse la investigación

² Mirta Lobato y Juan Suriano, “Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis y la profesionalización del historiador”, en **Entrepasados. Revista de historia**. 1993, N° 4-5; Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, “Los sectores populares y el movimiento obrero en Argentina: un estado de la cuestión”, en **Boletín del Instituto de historia argentina y americana Dr. Emilio Ravignani**. 1991, N° 3; Juan Carlos Torre, “Acerca de los estudios sobre la Historia de los Trabajadores en Argentina”, en **Anuario IEHS** 5, Tandil, 1990.

³ Lobato y Suriano, ob. cit., pp. 59

⁴ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. **Estudios sobre los orígenes del peronismo**. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971 (reeditado en 1995)

⁵ Gino Germani. **Política y sociedad en una época de transición**. Buenos Aires, Paidós, 1971.

de Hugo del Campo, publicada en los primeros años ochenta, sobre la transición del sindicalismo pre – peronista al sindicalismo peronista.⁶

Juan Carlos Torre replanteó los términos de la polémica inicial sobre la irracionalidad o la racionalidad de los obreros que apoyaron a Perón.⁷ Recuperando de Germani el intento de comprender la constitución de nuevas identidades colectivas populares y de Murmis y Portantiero la importancia de la vieja guardia sindical, propuso ampliar el concepto de racionalidad de la acción de masas y sostuvo que la acción política en el origen del peronismo era un fin en sí mismo: la consolidación de una nueva identidad de los sujetos movilizadas.⁸ El texto de Torre representa un punto culminante en la historia político – institucional, es decir aquella que se ocupa de las luchas internas de poder y las interacciones institucionales de los sindicatos obreros, así como la relación entre estos y el Estado. Su intento de comprender el proceso de la formación de las identidades colectivas indagando en el campo de la política, sigue sirviendo de marco a las recientes investigaciones sobre sindicatos y peronismo.⁹

El libro de Torre sobre la vieja guardia sindical y Perón fue publicado al mismo tiempo que **Resistencia e integración**, el texto de Daniel James que indagaba sobre esa relación desde una perspectiva diferente pero no menos interesante.¹⁰ Como en el caso de Murmis y Portantiero, el autor inglés vino a poner el foco en el campo social, aunque distanciándose de ellos, así como de Torre, por considerar que el debate sobre la racionalidad de la acción política había generado una “ortodoxia instrumentalista” sobre la participación de la clase obrera en el peronismo, subestimando la importancia de la dimensión social y cultural.¹¹ Si bien la perspectiva político – institucional estaba presente en su texto, por ejemplo cuando estudió el “vandarismo”, su aporte más original fue la incorporación de las nociones de “experiencia” y de “estructura de sensibilidad”, tomadas de Edward Thompson y Raymond Williams, para proponer que la identidad política de los trabajadores había surgido de la articulación entre el discurso de Perón y los valores del lugar de trabajo. El uso de estas categorías fue estimulante para un sector del mundo académico ya habituado a la lectura de la historiografía

⁶ Hugo del Campo. **Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable**. Buenos Aires, Clacso, 1983 (reeditado en el 2005 por Siglo XXI)

⁷ Juan Carlos Torre. **La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo**. Buenos Aires, Sudamericana, 1990 (reeditado en el 2008)

⁸ Juan Carlos Torre, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en **Desarrollo Económico**, v. 28, N° 112 (enero – marzo 1989), pp. 528

⁹ Gustavo Nicolás Contreras, “El personal de la administración pública nacional y sus proyecciones político-sindicales durante el primer gobierno peronista (1946 -1955)”, en Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi (compiladores) **Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social**. Rosario, Prohistoria (en prensa)

¹⁰ Daniel James. **Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946 – 1976**. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

¹¹ Daniel James, “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Juan Carlos Torre (comp.) **El 17 de octubre de 1945**. Buenos Aires, Ariel, 1995 (la primera edición de este artículo es de 1987), pp. 89

marxista inglesa, que se había difundido durante la década de 1980, y generó cierta expectativa sobre el surgimiento de “una nueva historia social”.¹²

Resistencia e integración termina con un análisis, quizá el menos consistente del libro, sobre la crisis que sufrió el sindicalismo a partir del “Cordobazo”. La radicalización revolucionaria de la identidad obrera peronista, los nuevos contenidos de la protesta social y el surgimiento de un movimiento de base anti – burocrático, se articularon para conmovir como nunca antes las bases de la legitimidad de los dirigentes “vandaristas”. Este período, que finaliza con el golpe militar de 1976, es uno de los que más producción académica y no académica ha merecido en los últimos quince años pero, al mismo tiempo, el que menos reseñas ha tenido. Teniendo en cuenta que algunas de las cuestiones propuestas por estos estudios, como la naturaleza de los cambios en la identidad política de los trabajadores peronistas, las condiciones que facilitaron la movilización en los espacios de industrialización más antigua, como el bonaerense, y el carácter de la reacción de los dirigentes peronistas cuestionados, constituyen dimensiones significativas de la relación entre peronismo y sindicalismo, y dejan un margen para la discusión y la reflexión, es que le dedicaremos la mayor atención en esta reseña.

Peronismo y sindicalismo en una época de crisis. Los primeros setenta

En los últimos quince años han sido publicados algunos estudios sobre la movilización obrera desencadenada en el “Cordobazo” e interrumpida, brutalmente, por el golpe de estado de 1976.¹³ Los trabajadores que se movilaron para enfrentar la dictadura militar de la Revolución Argentina y la “burocracia sindical” eran en su

¹² Hasta entonces los estudios sobre el sindicalismo habían estado influenciados por enfoques del tipo de la historia militante, la mirada sociológica y la nueva historia política y, en general, tendían a soslayar la experiencia de los trabajadores respecto de la política y el lugar de la producción. En el primer caso interesaba demostrar que determinadas vanguardias político – ideológicas habían tenido un papel central en la historia del movimiento obrero (Rubens Iscaro, Roberto Carri y otros); los trabajos del segundo grupo estudiaron los sindicatos y su integración en el sistema político posterior a 1955 (Gino Germani, Torcuato Di Tella y Rubén Zorrilla); el último enfoque consideraba al sindicalismo como un actor político bajo la perspectiva teórica de la antinomia Autoritarismo – Democracia (Marcelo Cavarozzi) Una característica común a los tres es que los trabajadores, como individuos y sujeto colectivo, prácticamente no estaban presentes. Ver Juan Carlos Torre, “Acerca de los estudios sobre...”, ob. cit.

¹³ Nuestro análisis se concentra en los estudios editados y a nuestro entender más relevantes, que dan cuenta de las experiencias del sindicalismo combativo, peronista y no peronista, en Córdoba y en la región Norte de la provincia de Buenos Aires: James Brennan, **El cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976**. Buenos Aires, Sudamericana, 1996; Mónica Gordillo, **Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo**. Córdoba, Colección Manuales de Cátedra. UNC, 1999; Alejandro Schneider. **Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955 – 1973**. Buenos Aires, Imago Mundi, 2005; Federico Lorenz. **Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta**. Buenos Aires, Norma, 2007; Héctor Löbbe. **La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires, 1975 – 1976**. Buenos Aires, Ediciones r y r, 2009.

mayoría peronistas, como los dirigentes que ellos cuestionaban, ¿qué había cambiado en su identidad política para motivar un movimiento anti – burocrático que puso en crisis al sindicalismo peronista? Hay dos interpretaciones generales: una que sostiene que la identidad peronista se radicalizó ya antes de 1969, incorporando elementos revolucionarios (posturas combativas ante las empresas, críticas al estilo sindical tradicional, posiciones anti – imperialistas), lo que habría impulsado a los trabajadores a apoyar líderes provenientes de diversas vertientes de la izquierda; la otra afirma que la movilización estuvo motivada en reivindicaciones concretas, económicas en su mayor parte, que marcaba una brecha entre los trabajadores y los dirigentes sindicales, poco dispuestos a realizarlas, y que la misma, sin implicar un cambio de identidad, los predispuso a seguir a jóvenes líderes de orientación marxista.

Entre los autores que postulan la primera interpretación están James Brennan y Mónica Gordillo, con sus valiosos estudios sobre el “Cordobazo” de 1969. Gordillo es una de las pocas historiadoras en señalar “que la movilización de mayo es un fenómeno que está mucho más relacionado con el peronismo que lo que la izquierda y el mismo peronismo suelen reivindicar.”¹⁴ Atribuye la formación de una identidad peronista revolucionaria a la “simbiosis” entre los trabajadores y sus sindicatos y a la política más agresiva de las empresas automotrices de Córdoba en 1968, que facilitaron la llegada del discurso combativo de la CGT de los Argentinos a través de algunas agrupaciones peronistas del SMATA, merced a apelar al imaginario peronista y reforzando la combatividad de los afiliados contra las empresas y la Revolución Argentina.

La segunda es propuesta, entre otros, por Alejandro Schneider y Héctor Löbbe, en su estudio sobre la organización y las prácticas gremiales en la zona Norte del Gran Buenos Aires. La movilización obrera, de la cual encuentra registros ya en el segundo semestre de 1969, mucho antes de lo señalado por Juan Carlos Torre,¹⁵ no tiene nada que ver con la tradición sindical peronista, sino que se construye en base a “intereses y reivindicaciones concretas” y “en la confrontación contra el poder, se fueron gestando indicios de una mayor receptividad a escuchar el mensaje revolucionario de la izquierda, para Löbbe, o de una clara conciencia obrera y anticapitalista”, para Schneider.¹⁶ Sin embargo, da a entender el autor, esa nueva identidad no es mayoritaria entre los trabajadores peronistas, adultos y experimentados en el mundo industrial, sino un atributo de los jóvenes trabajadores, ingresados recientemente en las empresas.

En cierta medida, la diferencia de grado en la radicalización de los obreros peronistas puede atribuirse a las condiciones singulares de la provincia mediterránea, no reproducibles en el Conurbano bonaerense. La industrialización reciente en el sector automotriz, que habían comenzado a radicarse en la segunda mitad de los años cincuenta, y la considerable autonomía de las seccionales provinciales de los sindicatos de trabajadores de la electricidad y de mecánicos respecto de sus autoridades nacionales, contrastaban con el férreo control vertical de las direcciones nacionales

¹⁴ Gordillo, pp. 270

¹⁵ La rebeldía antiburocrática llegaría a lo que Juan Carlos Torre llamó el “santuario” de las burocracias recién en 1973, con la ola imparable del triunfo electoral del FREJULI. Juan Carlos Torre. **Los sindicatos en el gobierno, 1973 – 1976**. Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 53

¹⁶ Löbbe, pp. 47; Schneider, pp. 25-26

sobre las filiales de la ciudad de Buenos Aires, el área metropolitana bonaerense y aún el interior de la provincia. En ese contexto puede comprenderse que la iniciativa y el liderazgo de la rebelión anti – burocrática viniera de actores nuevos para el mundo industrial, cuadros “proletarizados” de las numerosas agrupaciones de la izquierda marxista y peronista y jóvenes trabajadores, ingresados a las empresas en los últimos años sesenta y primeros setenta, sin experiencia ni formación sindical.¹⁷

Bajo la influencia del reciente “Cordobazo” y al calor de reclamos por los salarios atrasados, los despidos y los intentos de aumentar los ritmos de producción o cambiar el tipo de tareas, surgieron nuevos cuerpos de delegados y comisiones internas en las fábricas, independientes y críticos de las conducciones establecidas. El fenómeno es documentado por Schneider con un valioso fondo de diarios, boletines y panfletos que circularon en las fábricas. La legitimación de las nuevas comisiones internas y los delegados no estuvo basada en una ideología compartida, porque la mayoría de los trabajadores siguieron identificados con el peronismo y los jóvenes activistas con las distintas versiones del marxismo, sino en la conducta gremial. Según este autor la conducta de los nuevos delegados tuvo un modelo alternativo en el clasismo, que define como una tendencia ideológica que postulaba la organización autónoma de la clase obrera respecto del Estado y, como tal, se proponía superar las variantes participacionistas y vandoristas del sindicalismo peronista. En la práctica significaba la participación de las bases, mediante asambleas de planta, en la discusión de los problemas relacionados con las condiciones de producción, y el cuestionamiento de las dirigencias sindicales tradicionales.¹⁸

En este punto vale acotar que la introducción del término *clasismo* por parte del historiador, no ya en la auto identificación de los actores, en el análisis de otros espacios que no sean Córdoba plantea algunos problemas.¹⁹ Por un lado, y como ya se dijo más arriba, el clasismo es un fenómeno singular propio de los núcleos industriales y obreros de esa provincia, donde se dieron una combinación de elementos, como la tradición combativa y la autonomía institucional de los sindicatos, la formación de un tipo particular de obrero, en la cual intervinieron el sindicato y el trabajo en industrias modernas y, por último, la filosofía y práctica gerenciales de las empresas automotrices, que no se repetirían en otros espacios.²⁰ Por otro lado, la reducción del clasismo a la experiencia de SITRAC/SITRAM, los sindicatos de la empresa Fiat, que excluye a otras como la de Agustín Tosco y la de René Salamanca en el sindicato de mecánicos, complica aún más el problema porque adopta para el historiador una de las posiciones en el debate contemporáneo a los hechos entre las corrientes del sindicalismo disidente. El “modelo” SITRAC/SITRAM es esquivo de aplicar al análisis del Gran Buenos Aires porque allí predominaban estructuras sindicales que, si bien en su mayoría estaban burocratizadas, no tenían el carácter pro – empresarial de los sindicatos de la Fiat previo al surgimiento del clasismo, y porque la orientación anticapitalista de la nueva militancia sindical bonaerense, que señala Schneider, no se alinea muy bien con el tipo

¹⁷ Lorenz, pp. 44

¹⁸ Schneider, pp. 338

¹⁹ También es el caso del estudio de Héctor Löbbe, pp. 41

²⁰ Brennan, pp. 121

de reivindicaciones de los dirigentes de SITRAC/SITRAM ya radicalizados, más proclives a reivindicar las pautas salariales fordistas y a la cogestión obrera que a posiciones autogestionarias.²¹

Para acercarnos un poco más a comprender la relación entre los trabajadores industriales del norte del Gran Buenos, en su mayoría peronistas, y los activistas radicalizados que ocuparon los cargos de delegados y las comisiones internas puede ser útil el análisis del triunfo del clasismo en la seccional cordobesa del SMATA que realizara James Brennan. Lo elegimos porque la experiencia de la Lista Marrón, liderada por René Salamanca, nació como respuesta a las debilidades de la conducción peronista de la seccional, lo que constituye una diferencia significativa respecto a los sindicatos de la Fiat, subordinados estrechamente por la política paternalista y apolítica de la empresa. El triunfo de Salamanca en 1972, en un sindicato mayoritariamente peronista, puso de relieve la vulnerabilidad de los dirigentes de ese signo político en las cuestiones del control del trabajo y la protección de la base fabril. En la medida que la confrontación entre capital y trabajo pasaba de lo salarial y la estabilidad del empleo a temas más profundos, como la racionalización e intensificación del trabajo en la industria automotriz, quedaron de manifiesto los límites del peronismo como ideología y como estilo gremial y sistema práctico de conducir los asuntos gremiales.

Elpidio Torres, dirigente histórico del SMATA cordobés, nunca había cuestionado realmente el derecho de la administración de las plantas al control absoluto sobre las mismas, abandonando los avances en ese sentido logrados en los años cuarenta y cincuenta por el sindicalismo peronista. El clasismo, en cambio, desafió a las autoridades de Renault en cuestiones básicas como las categorías y los ritmos de producción, que constituían problemas cotidianos de los trabajadores. Como advierte Brennan, ese desafío tuvo el apoyo de los propios trabajadores peronistas porque *la identidad de los mismos había cambiado*, en particular después del “Cordobazo”. Si bien la conducción de Torres había representado las tendencias militantes que surgieron durante la Resistencia, no había conseguido hacer lo mismo con la radicalización revolucionaria de la identidad obrera peronista posterior a 1969, su estilo y práctica sindicales fueron superadas por los cambios políticos e ideológicos.

Si bien la identidad de los trabajadores peronistas bonaerenses no se había radicalizado, como en el caso cordobés, también la situación de la industria ponía de manifiesto la debilidad del estilo y las prácticas del sindicalismo peronista. Los conflictos colectivos en los establecimientos industriales de la provincia de Buenos Aires estuvieron prácticamente ausentes entre 1967 y 1972, excepción hecha de la zona norte del Conurbano y de plantas aisladas como la de Peugeot en Berazategui, debido a la parálisis reivindicativa de los grandes sindicatos.²² Estos postergaron el reclamo de

²¹ Mónica Gordillo, “Pasado y presente de la autonomía obrera”, en Héctor Schmucler, J. Sebastián Malecki y Mónica Gordillo. **El obrerismo de Pasado y Presente: documentos para un dossier no publicado sobre Sitrac – Sitram**. La Plata, Al Margen, 2009, pp.24 – 25; en Löbbe, uno de los estudios reseñados aquí, también se parte de la idea que los sindicatos clasistas de la Fiat elaboraron “pliegos reivindicativos que anteceden a la lucha por el control obrero de la producción”, Löbbe, ob. cit., pp. 40

²² La movilización de nuevos activistas sindicales y los conflictos laborales en la planta Peugeot de Berazategui son estudiados por Pablo Carrera en su Tesis de Licenciatura en Historia, UNCPBA, 2010, inédita.

incrementos salariales, aunque entre 1971 y 1973 la tasa de inflación tendió a crecer, acatando las directivas de la Revolución Argentina de congelar los salarios y derogar la ley de negociaciones colectivas y, a partir de mayo de 1973, el Pacto Social por órdenes de Perón. Siguiendo a Juan Carlos Torre, las uniones sindicales, que habían sentido el impacto de la represión militar en 1967, prefirieron abstenerse de arriesgar sus posiciones burocráticas mientras duraron los gobiernos de facto, y luego cedieron a la presión política de Perón para suscribir su tregua de precios y salarios.²³ Esta situación sumergió a los dirigentes sindicales peronistas en "un creciente problema de credibilidad con sus bases en momentos de agudo conflicto social", como indica Daniel James, que se agravó con la aparición de "un poderoso movimiento opositor que cuestionó profundamente las estructuras gremiales existentes".²⁴

La nueva atmósfera política generada por la transición del autoritarismo a la democracia y las elecciones presidenciales del año 1973, sumadas a la crisis de las direcciones sindicales, promovió un rápido aumento de los conflictos y la movilización en las áreas industriales de la provincia de Buenos Aires.²⁵ En su mayoría el motivo de los mismos era salarial, con la particularidad que cualquier incremento debía eludir las trabas impuestas por el Pacto Social, por lo tanto se apelaba a la reinterpretación de los contratos de trabajo vigentes y a los aumentos indirectos de salarios. En estos casos uno de los recursos más significativos era la reclasificación de tareas como insalubres, que justificaba el cobro de mayores retribuciones. El nuevo activismo sindical encontró un espacio vacío donde actuar, consolidarse y crecer, que habían dejado libre los representantes de los sindicatos cuando éstos optaron por la abstención.

Dicha militancia atrajo la atención y despertó la simpatía de los trabajadores peronistas, adultos y experimentados, no tanto por sus ideas radicales, que no siempre entendían ni compartían, sino por la voluntad de resolver problemas laborales cotidianos y de participar de los mismos a los principales afectados. Esa dinámica encontró terrenos propicios en aspectos de las condiciones de trabajo no explorados por el sindicalismo peronista, en particular la seguridad e higiene, donde muchas empresas manifestaban una intransigencia solo comparable a su indiferencia.²⁶ Si bien las demandas en esa materia no tenían un alto grado de desafío a la autoridad patronal, ya que en la mayoría de los casos transitaban por un terreno acotado por la legislación laboral vigente, representaron una novedad para sectores industriales antiguos y ello fue un mérito de los jóvenes activistas de las izquierdas que reconocieron los obreros peronistas.

No obstante ello, se podría pensar que la condición de posibilidad y el límite de la movilización de esa base peronista radicaban no tanto en la voluntad de los activistas sino en la visión del orden productivo en el que el propio peronismo había formado a dichos trabajadores. Antes de seguir con esta idea, vale acotar que en los estudios que hemos venido reseñando se siguen diferentes supuestos sobre la formación de la

²³ Torre, pp. 57.

²⁴ James, pp. 289

²⁵ Torre, pp. 53.

²⁶ Lorenz detalla el caso de los Astilleros Astarsa de Tigre, en Lorenz pp. 72.

conciencia de los trabajadores, que ha sido atribuida a la fábrica, el sindicato o los conflictos laborales.

En un país de industrialización reciente como la Argentina, se considera que la fábrica modeló la conciencia de clase de los trabajadores más directa y completamente que en los casos de primera industrialización, donde las tradiciones culturales de campesinos y artesanos habían intervenido de manera significativa en esa formación. La vida en las plantas se convirtió en el principal vínculo social de los trabajadores, más que el barrio y la familia, allí se modelaron su visión del mundo, un conjunto complejo de actitudes formado por la experiencia del trabajo y dotado de significado por la cultura política del país y la interpretación política e ideológica hecha por el sindicato del status de los trabajadores.²⁷ Para Gordillo esa experiencia adquiere sentido porque es percibida y resignificada a través del sindicato, surge así la llamada “conciencia sindical” con lo que esto implica como disciplina y acatamiento pero, a la vez, como refuerzo de la combatividad para conseguir las reivindicaciones que dependerá, también, del nivel de expectativas.²⁸ Para otras interpretaciones la sola experiencia laboral y el sindicato no tienen tanta importancia formativa de la conciencia, sino que hay que considerar las instituciones externas a la fábrica y, sobre todo, los conflictos laborales, mediante los que los trabajadores descubren cuáles son sus intereses y los traducen en reivindicaciones. La lucha gremial de las bases obreras como elemento formativo no necesita la intervención del sindicato como tal; por el contrario, la formación de una conciencia obrera y anticapitalista, en los primeros años setenta, es paralela a una involución en la cúpula sindical, que a partir de 1959 había privilegiado la supervivencia de las organizaciones y de sus cargos y relegado la defensa del salario y el empleo.²⁹

Las dos primeras visiones son complementarias porque en el consenso de los trabajadores a las relaciones capitalistas de producción han intervenido tanto las estrategias empresarias de gestión de la fuerza de trabajo como los propios sindicatos. Estos han sido considerados, en la perspectiva gramsciana, como “portadores de la función hegemónica”, es decir sostenedores y garantes de las prácticas mediante las cuales se busca la adhesión subjetiva de los trabajadores a los objetivos empresarios. Esas prácticas constituyen la “legalidad industrial”, que puede interpretarse “en una doble dimensión: la jurídica – institucional, evidenciada en diversos dispositivos y mecanismos institucionales y la histórica asentada fundamentalmente en las prácticas y relaciones que configuran la cotidianeidad laboral. De modo general, podemos afirmar que la *legalidad industrial* se configura a partir de compromisos – siempre inestables - entre el capital y el trabajo en torno de condiciones de uso y gestión de la fuerza de trabajo.”³⁰

²⁷ Brennan, pp. 119

²⁸ Mónica Gordillo, “Los sindicatos mecánicos de Córdoba en los 60: el ámbito del trabajo y la dimensión cultural”, en L. M. Rodrigues y otros. **Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina – Brasil**. Buenos Aires, Biblos, 1992, pp. 140

²⁹ Schneider, pp. 25

³⁰ Julia Soul, “La estructuración de una estrategia gremial dominante en SOMISA (1960 – 1976) Los procesos sindicales y las relaciones de hegemonía/subalternidad”, en Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi

Como decíamos más arriba, la condición de posibilidad y el límite de la movilización de esa base peronista estuvo dada por su formación en dicha “legalidad industrial”, de la cual fueron responsables los propios sindicatos. Los reclamos y medidas de fuerza que constituyeron esa movilización eran justificados como reacciones a la violación de compromisos previamente establecidos, en materia de salarios y empleo, por los empresarios. Durante buena parte de la década de 1960 los dirigentes peronistas encuadrados en el vanguardismo habían hecho una profesión de fe de la defensa de esos compromisos, establecidos con fuerza de ley en los convenios colectivos de trabajo y en la legislación laboral, y habían inculcado a los afiliados el valor de sus sindicatos, de los cuerpos de delegados y la acción gremial como garantes de los mismos. Esta última sobrevivió a la abstención reivindicativa de las direcciones nacionales y seccionales, entre 1967 y 1975, en la medida que ocupaba un lugar significativo en la “conciencia sindical” de las bases. Su valor otorgó legitimidad a los nuevos militantes, quienes en su mayoría no tenían antecedentes laborales ni sindicales y tampoco la misma ideología de los trabajadores, pero se manifestaron dispuestos a representarlos en su lucha.³¹

Por otro lado, los valores asimilados en las fábricas, que incluían las normas de la “legalidad industrial”, y habían sido incorporados a la “conciencia sindical”, pusieron límites a los objetivos de la movilización, más acá de lo que hubieran querido los jóvenes activistas, que en general los estudios sobre los años setenta no registran porque suelen llegar hasta 1973. A partir de 1975, el incremento de la inflación y la caída de la producción en las industrias automotriz y autopartista provocó suspensiones de personal, desaparición de horas extras y retraso en el pago de quincenas.³² Ante esta situación los tradicionales paros no servían para nada, ya que las empresas los aprovechaban para disminuir costos de mantenimiento y encendido de hornos. Las tensiones en el colectivo obrero fueron aliviadas por soluciones individuales concertadas con el empleador: renuncias negociadas, licencias otorgadas con el propósito implícito de dedicarse a otras tareas, y por un creciente ausentismo, que llegó al 12% del plantel de personal antes del golpe de Estado.³³ En la situación recesiva que atravesaba la industria nadie se hacía ilusiones con que las fábricas recuperaran el nivel de actividad del año 1973 y parte de 1974, más bien los trabajadores se conformaban con proteger el salario y “trabajar tranquilos”, como algunos expresaron la mañana del 24 de marzo de 1976. Con esto último aludían al malestar que había causado entre los

(compiladores) **Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social.** Rosario, Prohistoria (en prensa)

³¹ Løbbe considera que esa articulación entre obreros y jóvenes activistas tuvo como soporte a las comisiones internas, una forma organizativa que alcanzó en algunos casos y durante 1975 un carácter equivalente a los consejos de fábrica descriptos por Antonio Gramsci en su análisis de la huelga general de Turín de 1920. Para sostener esa afirmación cita a Louise Doyon, cuando la autora señala que las comisiones internas habían surgido en la década del 40 por imposición de los obreros y sus dirigentes sindicales. Es significativo que Løbbe no advierta que esa forma organizativa pasará a formar parte del legado transmitido por los propios sindicatos y preservado en la “conciencia sindical” de los trabajadores. Løbbe, pp. 259

³² Juan Vital Sourrouille, **El complejo automotor**, Nueva Visión, México, 1980, pp. 71

³³ *Diario Nueva Era*, 25 de marzo de 1976.

trabajadores veteranos, y aún entre los delegados más combativos, la proliferación de protestas espontáneas al comienzo del ciclo recesivo de la industria.

En Metalúrgica Tandil, por ejemplo, la principal autopartista del mercado nacional en esos años (en competencia con Metcon, proveedora de Ford Motors, y situada en el interior de la provincia de Buenos Aires) cuyo proceso productivo estaba organizado según la remuneración por primas desde el año 1956, los trabajadores habían incorporado a la cultura del taller un interés particular por los resultados y la continuación de esa forma de organizar el trabajo.³⁴ Este no era motivado exclusivamente por la satisfacción económica sino por una serie de valores derivados de su experiencia laboral, como el aprecio por la destreza y la resistencia física, el cumplimiento de metas, el orgullo de dominar los secretos de operaciones en apariencia simples, entre otros. La participación en este tipo de trabajo podría considerarse como un fin en sí mismo y ello daba legitimidad a sus “reglas de juego”, entre las cuales estaban el orden y la disciplina dentro de la fábrica.³⁵ Es decir que los propios trabajadores consentían las normas disciplinarias, mientras no fueran aplicadas arbitrariamente, porque generaban un orden productivo que los favorecía en la medida que les permitía dedicarse intensamente al trabajo. Los paros espontáneos, en ese sentido, contradecían los valores predominantes en las secciones organizadas de ese modo y fueron rechazados por los trabajadores que adherían a la misma.

El sindicato era un garante de ese orden productivo porque, haciendo uso de la representación y de su poder de aplicar los convenios colectivos de trabajo, podía intervenir si la empresa cambiaba unilateralmente las “reglas del juego” (por ejemplo, elevando las pautas de producción y poniendo en duda la capacidad de los operarios para alcanzar las metas previstas) y si el comportamiento de algunos trabajadores (por ejemplo, la interrupción espontánea del suministro de piezas entre una sección y otra) perjudicaba el cumplimiento de tales metas. En función de eso el procedimiento de reclamos, que la Comisión Directiva aplicaba muchas veces en desmedro de las comisiones internas pero en beneficio de la empresa y de los trabajadores que adherían al trabajo incentivado, se caracterizaba por evitar las protestas espontáneas y las interrupciones no programadas del circuito productivo. Esa capacidad del sindicato de mantener el *statu quo* se había perdido en muchas empresas desde 1973 y antes incluso, debido a la rivalidad y disputa por el poder entre los nuevos activistas y los delegados que adherían a las conducciones vanderistas a nivel nacional y seccional. La predisposición de muchos trabajadores, por ejemplo en la industria metalúrgica, de recuperar un orden productivo que ya añoraban volcó progresivamente esa disputa a favor de los activistas tradicionales menos desprestigiados. En la Seccional de la UOM de Tandil, ubicada en el sudeste bonaerense, el secretario general alineado con Lorenzo Miguel fue obligado a renunciar por una multitudinaria movilización de obreros

³⁴ Daniel Dicósimo, **Más allá de la fábrica. Los trabajadores metalúrgicos, 1955 – 1962**. Buenos Aires, La colmena – IEHS, 2000, pp. 79 y ss.

³⁵ Siguiendo a Burawoy, la adhesión voluntaria a esta forma de organización del trabajo era un fin en sí mismo que ocultaba el interés de la empresa por apropiarse del trabajo no retribuido, es decir que los trabajadores prestaban su consentimiento pero no su consenso a la extracción de plusvalía. Michael Burawoy, **El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista**, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, pp. 108.

promovida por su ex – secretario adjunto, también vandomista, aunque su caída había sido causada a largo plazo por la oposición de una lista referenciada en el sindicalismo disidente de Agustín Tosco, Julio Guillán y Alberto Piccinini.³⁶

En los núcleos industriales bonaerenses este legado de la “conciencia sindical”, que se nutría de los valores del taller y los códigos de honor de la legalidad industrial, estaba presente en la movilización obrera y en sus límites, en un nivel más profundo y persistente que la conciencia anticapitalista de los nuevos militantes, por ese motivo se hace necesario ponderar el papel de los dirigentes sindicales peronistas durante este crítico período. En general, con las excepciones que trataremos más abajo, los estudios sobre la emergencia del activismo anti – burocrático dedican poca atención a la crisis de ese sindicalismo peronista tradicional, que constituía la otra cara del fenómeno y resulta insoslayable para su comprensión. Por ejemplo, la brecha entre las cúpulas sindicales y las bases peronistas es explicada por la opción político – institucional de las primeras en desmedro de los reclamos salariales y en defensa del empleo de las segundas, lo cual se atribuye a un estilo de conducción aprendido antes de la caída del gobierno peronista en 1955. El análisis de la “involución” de los dirigentes sindicales peronistas, desde la resistencia a la adaptación, ganaría en riqueza si a la reconstrucción de la trayectoria de los más célebres que realiza Schneider se sumara la de los dirigentes intermedios o seccionales del Gran Buenos Aires.

Luego de los textos clásicos de Juan Carlos Torre y Daniel James, poco se ha indagado sobre la situación de los dirigentes nacionales y seccionales del vandomismo entre 1966 y 1976. No es casual entonces que las interpretaciones sobre su reacción ante el nuevo activismo siguieran privilegiando el fraude electoral y la violencia, los tradicionales mecanismos de represión y coacción que fueron identificados por ambos autores.³⁷ Una excepción es el intento de Federico Lorenz de explicar el avance y retroceso de una agrupación sindical combativa, incorporada a la Juventud de Trabajadores Peronistas (JTP), en los astilleros de la zona de Tigre, entre 1972 y 1976. El autor observa que un conflicto por salarios en el astillero Mestrina, entre agosto y diciembre de 1974, representa un punto de inflexión en la trayectoria de los activistas de la izquierda peronista que la habían formado; la iniciativa que habían demostrado a partir de la toma del astillero de Astarsa en 1973 tenderá a declinar, en particular el objetivo de controlar el Sindicato de Obreros de la Industria Naval (SOIN) se alejó cada vez más.³⁸ La eficacia de la reacción de sus dirigentes vandomistas no habría radicado sólo en la violencia sino también en la retórica de los comunicados y los panfletos emitidos por el sindicato, que presentaban a los activistas de la JTP como agentes de la provocación, ajenos de la clase trabajadora y responsables del despido de unos cincuenta trabajadores. Así, la política obrera basada en la confrontación era cuestionada y sospechada de ineficaz y peligrosa para la clase trabajadora, poniendo a

³⁶ Daniel Dicósimo, “La lucha por el poder sindical en el interior de la provincia de Buenos Aires durante los años setenta. Política obrera, representación y orden productivo.”, en Dicósimo y Simonassi, ob. cit.

³⁷ Löbbe, pp. 42 – 43; Torre, pp. 86; James, pp. 302

³⁸ Lorenz, pp. 145

sus autores en el lugar del subversivo, alguien externo a la Nación y la sociedad y objeto del exterminio.³⁹

Esa retórica apelaba a valores incorporados firmemente a la conciencia sindical de los trabajadores y ratificados por su experiencia cotidiana de trabajo, nos referimos a la asociación entre defensa de la condición obrera y representación histórica y legal ejercida por los sindicatos, valores que formaban parte de la “legalidad industrial” y eran constantemente reivindicados por sus direcciones. Recurrimos de nuevo a nuestra investigación sobre los trabajadores metalúrgicos y la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) para introducir al lector en esta cuestión. En el año 1961, un grupo de delegados liderados por activistas comunistas cuestionó fuertemente la conducción peronista de la Seccional Tandil, en particular por su posición respecto a los programas de incentivos a la producción que se aplicaban en Metalúrgica Tandil, la principal fundición de auto partes de la ciudad.⁴⁰ El punto crítico del conflicto fue el despido de varias decenas de obreros, que habían abandonado sus puestos para asistir a una asamblea convocada por los delegados, quienes a su vez fueron expulsados del sindicato por irresponsables y “traidores” a la clase trabajadora. La descalificación de los opositores por ignorantes de los resortes institucionales que podrían manejar si llegaban a conducir las organizaciones o por “mentirosos”, ya que hacían falsas promesas a los afiliados, seguía presente aún en las elecciones de Comisión Directiva de 1972.

Lo que resulta más significativo, ya que la descalificación de los activistas de izquierda era un lugar común en el vandomismo, es que estos discursos también valoraban los beneficios de la representación para los trabajadores. Se afirmaba el valor de lo permanente por sobre lo contingente, los opositores podían criticar su estilo de gestión y hacer promesas falsas, según ellos inspiradas en ideologías ajenas al movimiento obrero, pero no eran capaces de garantizar beneficios reales a los trabajadores. Como es sabido se trataba de la defensa del salario y el empleo, no sólo mediante medidas de fuerza sino en la celebración de las convenciones colectivas de trabajo, así como de un sistema de salud, compuesto por las obras sociales y una red de clínicas y farmacias. En la campaña electoral de 1972, por ejemplo, los dirigentes seccionales respondían a las críticas por su política de salud argumentando que sólo los representantes históricos y legales podían recaudar, invertir y administrar el dinero que servía para sostener el sistema de salud sindical. Por lo tanto, advertían que eran los únicos que podían garantizar esos beneficios y eso tenía un valor que resistía el paso del tiempo y las contingencias políticas y generacionales. La representación era un valor que, según el comunicado de la UOM, “nunca entregarían a nadie”⁴¹, no solo en tanto herramienta de intervención en el mercado laboral sino además como parte constitutiva de la identidad política peronista de los dirigentes sindicales.

Para comprender esta estrecha asociación entre la naturaleza organizacional del vandomismo y la identidad política que los legitimaba ante sus bases sociales, es necesario tener presente que el derecho legal e histórico de los sindicatos de representar

³⁹ Ídem, pp. 155

⁴⁰ Daniel Dicósimo. **Más allá de la fábrica**, ob. cit., pp. 101

⁴¹ Daniel Dicósimo, “La lucha por el poder sindical en el interior de la provincia de Buenos Aires durante los años setenta...”, ob. cit.

a todos los trabajadores en paritarias había sido otorgado por Perón pocos días antes de ser destituido y arrestado, el 2 de octubre de 1945.⁴² El decreto firmado en esa fecha testimoniaba el compromiso que habían alcanzado el líder político y el movimiento obrero, y plantaba las bases para lo que sería una estrecha y prolongada alianza.⁴³ El nuevo régimen de asociaciones profesionales fue el certificado de nacimiento del sindicalismo peronista, merced al cual los líderes aliados a Perón contarían “con un marco legal que aseguraba la rápida consolidación de organizaciones sindicales fuertes e internamente cohesionadas, que hicieran frente a la fragmentación del sector industrial, asegurándole así al movimiento sindical un rol importante en el mercado de trabajo.”⁴⁴ Además, el apoyo a la creación de una confederación laboral única garantizaba a la clase obrera y a sus dirigentes un papel político importante durante y después de los gobiernos peronistas. Esta nueva estructura sindical será el soporte de la “cohesión interna” de la clase obrera, que se lograría pocos días después de la emisión del decreto sobre asociaciones profesionales, el 17 de octubre de 1945, cuando a la conciencia de ser una fuerza social insoslayable se sume una nueva identidad política.⁴⁵

Conclusiones

Los estudios sobre la relación entre el peronismo, la clase obrera y el sindicalismo, así como la historia político – institucional han sumado más producciones desde que, en 1990, Mirta Lobato y Juan Suriano expresaran su interés en una renovación de esa perspectiva histórica. En algunos de los exponentes de esa producción, que reseñamos aquí, la incorporación de elementos de análisis provenientes del campo de la historia social ha contribuido a explicar fenómenos complejos de las trayectorias políticas e institucionales de los sindicatos peronistas, evitando interpretaciones lineales.

Por ejemplo, James Brennan reconstruye con elementos institucionales la llegada del dirigente peronista Elpidio Torres a la conducción del SMATA Córdoba, pero utiliza variables relativas a la base fabril de la política obrera, como la filosofía y la práctica gerenciales, para comprender la vulnerabilidad de su estilo sindical y la derrota sufrida ante el clasismo de René Salamanca. Asimismo, Mónica Gordillo caracterizó al mismo sindicato no solo a partir de sus relaciones con su dirección nacional o con el Estado, sino también considerando elementos de la “condición obrera” en las empresas automotrices de Córdoba, como la calificación, antigüedad y experiencia sindical de sus afiliados. El relevamiento de las fichas de afiliación y las

⁴² El decreto 23.852 de Asociaciones Profesionales, fechado el 2/10/1945, facultaba a los sindicatos con personería gremial a intervenir en las negociaciones colectivas, representando con exclusividad a todos los trabajadores de una rama de actividad.

⁴³ Louise M. Doyon, “La organización del movimiento sindical peronista, 1946 – 1955”, en **Desarrollo Económico**, v. 24, N° 94 (julio – septiembre 1984), pp. 207

⁴⁴ Ídem.

⁴⁵ Torre, “Interpretando (una vez más)...”, ob.cit., pp. 546

entrevistas a los ex – operarios le permitieron entender la correlación entre el surgimiento de un nuevo tipo de obrero industrial y la radicalización de sus dirigentes.

Sin embargo, en estudios más recientes el empleo de los recursos de la historia político – institucional, en particular los relativos a la lucha por el poder sindical, no alcanza el mismo grado de complejidad. Por ejemplo, la hipótesis de que la crisis del sindicalismo vanderista bonaerense puede atribuirse al deterioro de su legitimidad, causada por su reticencia a acompañar las reivindicaciones económicas de sus bases, y que esto provocó un vacío de poder en las fábricas que será llenado por los nuevos activistas, se basa solo en la “involución” política de los dirigentes y no tiene en cuenta la experiencia de las bases obreras en los lugares de trabajo (entendido esto en el sentido que le diera E. Thompson). Basta señalar que al interpretar las razones de ese punto de inflexión, Schneider toma distancia explícitamente de Daniel James postulando que este cambio no debe atribuirse a una desmoralización y derrota de la clase, sino a una opción político – institucional de los “viejos” dirigentes formados durante los primeros gobiernos peronistas y aún al frente de sus sindicatos.

La renovación de los recursos de la historia político – institucional para estudiar, entre otros temas, la relación entre sindicalismo y peronismo, sigue siendo un proceso abierto. En este trabajo intentamos contribuir a ese propósito planteando algunas cuestiones, como la naturaleza de los cambios en la identidad política de los trabajadores peronistas, las condiciones que facilitaron la movilización en los espacios de industrialización más antigua y el carácter de la reacción de los dirigentes peronistas cuestionados.

La radicalización política de los obreros peronistas debe ser ponderada en el marco de las diferencias que separaban a Córdoba del Conurbano bonaerense. La existencia de sectores industriales modernos y recientes, así como la considerable autonomía del sindicalismo cordobés, contrastaban con la persistencia de una industrialización tradicional y un férreo control vertical de las direcciones centrales sobre las filiales del área metropolitana bonaerense y aún el interior de la provincia. En estas condiciones, se entiende que la iniciativa y el liderazgo de la rebelión anti – burocrática viniera de actores nuevos para el mundo industrial, cuadros “proletarizados” de las numerosas agrupaciones de la izquierda marxista y peronista y jóvenes trabajadores, ingresados a las empresas en los últimos años sesenta y primeros setenta, sin experiencia ni formación sindical.

Este nuevo activismo sindical surgió y se expandió en el vacío reivindicativo sobre las condiciones de trabajo, poco consideradas por las dirigencias que habían optado por la abstención para proteger y conservar sus lugares en la estructura gremial. Las cuestiones de la seguridad e higiene en el trabajo adquirieron actualidad cuando, al volver el peronismo al gobierno, los reclamos salariales debían eludir las trabas impuestas por el Pacto Social reinterpretando los contratos de trabajo vigentes y reclasificando o identificando tareas como insalubres, lo que justificaba el cobro de mayores retribuciones. A la novedad de una militancia participativa y horizontal, que se diferenciaba del tradicional verticalismo disciplinador de los dirigentes peronistas, se sumarán unas demandas que aún dentro de la legalidad y apelando a la coestión eran desafiantes para los empresarios y atractivas para los obreros veteranos.

En los conflictos del período 1969 - 1974, puede apreciarse el alcance de la adhesión que los trabajadores de mayor experiencia industrial estaban dispuestos a conceder al nuevo activismo. Su participación en los mismos, siguiendo el liderazgo de jóvenes trabajadores pertenecientes a agrupaciones de izquierdas, puede explicarse como reacciones a la violación por parte de los empresarios de compromisos previamente establecidos, en materia de salarios, empleo y condiciones de trabajo. Paradójicamente el valor de respetar y defender esos compromisos, establecidos con fuerza de ley en los convenios colectivos de trabajo y en la legislación laboral, había sido inculcado por los sindicatos desde la década de 1940 y parece haber sobrevivido a la abstención reivindicativa de las direcciones nacionales y seccionales, y seguía siendo un elemento significativo en la “conciencia sindical” de los trabajadores. Los compromisos eran parte de la “legalidad industrial” y habían dado forma a la cultura del taller, que definía los códigos de honor y la visión del orden productivo. Estos aspectos habían tenido tanta influencia en la movilización de los obreros como el regreso del peronismo al gobierno, pero a partir de fines de 1974 serán un límite para la misma tan infranqueable como la coacción estatal y el control de las burocracias sindicales.

En el marco de la recesión que afectará la industria desde esa fecha y, en particular, en empresas que habían adoptado una organización del trabajo en base a primas por productividad, los dirigentes y activistas formados en el estilo peronista tradicional fueron reivindicados nuevamente por los trabajadores. Dicho estilo parecía adaptarse mejor a esa coyuntura, porque apelaba al poder del sindicato para intervenir si la empresa cambiaba unilateralmente las “reglas del juego” del trabajo incentivado o si los paros espontáneos impedían el cumplimiento de las metas de producción. La capacidad del sindicato de mantener el *statu quo* se había perdido en muchas empresas antes de 1973 debido a los conflictos anti – burocráticos, no es de extrañar que muchos trabajadores que habían dado su consentimiento a los programas de incentivos buscaran en los activistas tradicionales menos desprestigiados una alternativa a lo que percibían como desorden productivo.

La persistencia de los valores del taller incentivado y de la conciencia sindical, más propios del orden de la “legalidad industrial” que del fervor anticapitalista de los primeros años setenta, justifica una nueva ponderación del papel y la situación de los dirigentes sindicales peronistas durante este crítico período. Para que la misma represente un aporte a la historia del peronismo, la clase trabajadora y el sindicalismo debería ser capaz de superar los tópicos ya frecuentados del fraude electoral y la violencia, los tradicionales mecanismos de represión y coacción que han caracterizado al vanderismo. Una alternativa que hemos señalado aquí, entre otras posibles, es indagar sobre el valor que adquiere la representación histórica y legal de los sindicatos en coyunturas de crisis del salario y el empleo. La representación entendida no solo como recurso para intervenir en el mercado laboral, sino además como parte constitutiva de una identidad política compartida entre los dirigentes y las bases sindicales. En otras palabras se trata de pensar la supervivencia del sindicalismo peronista, ante el temporal anti – burocrático de los primeros años setenta, a partir de una articulación entre las dimensiones propias de lo institucional, como la relación entre los sindicatos y el Estado o las luchas internas por el poder, y las de la política obrera en

la base fabril, en particular la naturaleza ambigua del estilo sindical peronista, respetuoso de la “legalidad industrial” pero al mismo tiempo factor de tensiones en la misma.